



El analfabetismo en España

EN 1860 había en España un 75,52 por 100 de analfabetos. En 1955, las estadísticas oficiales señalaban un 14,24 por 100. Se ha avanzado mucho, es cierto, pero...

Tomamos datos del Instituto de la Opinión Pública, y vemos claramente la causa principal de este analfabetismo, tan extendido por desgracia. En una encuesta llevada a cabo a tal efecto, observamos como un 82 por 100 de las respuestas recibidas achacaban esta carencia total de la más elemental formación al hecho de la no asistencia del individuo a la escuela. Escuelas hay. ¿Qué ocurre, pues? ¿Por qué no las frecuentan quienes deben frecuentarlas?

El muchacho corrientemente se ve forzado a compartir con los padres el peso de los deberes familiares, enfrenándose, como ellos, con las necesidades, y se convierte así en labrador, albañil, mecánico, sin recibir otra instrucción más elevada, capaz de sacudir ese analfabetismo, que, como todo en la vida, precisa de un esfuerzo. Más de la mitad de los preguntados (51 por 100) creen que esta necesidad de ayuda que tienen

los padres de sus hijos es la causa principal que impide la normal asistencia a la escuela de quienes por su edad están en el momento oportuno para ello. Esa falta de instrucción elemental es la primera característica de los pueblos atrasados. De aquí que todos los países cultos se hayan preocupado de este asunto y hayan reducido progresivamente el número de analfabetos recurriendo a energicas medidas, aplicadas con decisión.

ACTUALIDAD DEL PROBLEMA

En España el problema es actual, está vivo, y contra él se lucha. Se lucha, en opinión de un 84 por 100 de los preguntados, con éxito, toda vez que se pronuncian por una indudable mejora. Claro que de todo hay, y un 7 por 100 cree que se ha empeorado. Lo cierto es que aquel 75,52 por 100 de analfabetos existentes pasó ya a la historia. Sin embargo, queda aún mucho por hacer.

El éxodo del campo es hoy una realidad. La competencia universitaria ha llegado al máximo conocido, y ello empuja hacia más altos peldaños el nivel

medio de formación intelectual. Pero el problema está oculto allí donde el campo sigue siendo la única obsesión. En los pueblos se abren escuelas, se imponen maestros, se proporcionan los medios precisos, y, no obstante, o los padres insisten en la imperiosa necesidad de que sus hijos se entreguen al trabajo sin atender a otras cosas, lo cual sucede en un 15 por 100 de los casos, o el presunto alumno, por falta de control, se entrega al "deporte" juvenil de "hacer novillos", falta hecha causa por la que se inclina un 10 por 100 de los sometidos a encuesta. La culpa, pues, recae en este caso en la juventud misma, que eludiendo el "hostón" de las clases, busca en otros lugares más atractivos medios de diversión no siempre apropiados ni recomendables. De esta forma, a la vez que a sí mismos se privan de instrucción, se ven expuestos a mil peligros y malos hábitos deambulando por las calles (parecer de un 75 por 100 de los interrogados), cuando los padres los creen bajo la vigilancia atenta del maestro que mira por ellos y por su formación.

POSIBLES SOLUCIONES

¿Cómo luchar contra esto? Pues suprimiendo la posibilidad de las distracciones es las horas de escuela, ya que si el muchacho busca diversiones atráido por un lugar más fuerte que el de las clases, suprimida la causa se suprime el efecto, si no en su totalidad, sí, desde luego, en gran escala. ¿Medios para esta supresión de la causa? Órdenes severos a los municipales, porteros de cines, dueños de locales donde futbolines, billares, cartas, ping-pong, etc., son el sólo sueño de los chicos. Suprimido esto, ¿dónde ir? "A casa, no, porque nos espera una tunda; en la calle podemos ser vistos, ¡peligro!; en cines y locales no nos dejan entrar; pues, aunque la tunda gana, al único sitio donde podemos ir es a la escuela!" Ya se habrá pensado algo... Y una vez allí, del maestro dependerá que esa "inesperada visita" no sea estéril. Y, sobre todo, debe llevar al alumno el ánimo de volver, no un hastío natural en quien no se puede exigir demasiado.

¿Sería conveniente que las escuelas no careciesen de ciertos entretenimientos para estimular a los asistentes. ¿Ocurre así, en efecto? Un 75 por 100 asegura que no existen tales estímulos. Es preciso pensar en esto. Por el celo se atrapa a la vez, no por el anzuelo... Y convendría igualmente tomar medidas contra los padres que no envían a sus hijos en edad escolar a las escuelas. ¿Se hace en la actualidad? Un 78 por 100 opina que no.

EL ADULTO, ANALFABETO

Todo lo que antecede está referido a la juventud, donde el mal puede cortarse en sus raíces. Pero no debemos olvidar la necesidad de curarlo en quienes la raíz está ya demasiado profunda. Es el problema del analfabetismo en el adulto. Verificada la encuesta sobre si existen clases organizadas de enseñanza primaria a los adultos, el 92 por 100 contesta afirmativamente. Clases organizadas por el Estado, Ayuntamientos, Iglesia, Empresas, etc. Pero también los adultos—la vejez es con frecuencia una especie de retorno a la inconsciencia infantil—rehuyen esas enseñanzas, bien por falta de interés (en opinión de un 21 por 100), bien—al igual que el niño—en busca de diversiones (por lo que se inclina un 12 por 100), bien por otras mil distintas causas, a pesar de la eficacia comprobada de esas clases para adultos, eficacia avalada por la afirmación, casi unánime, de los interrogados (91 por 100).

La decisión popular

El área de nuestra cordial y dolorosa preocupación se va extendiendo a medida que el travesaño de la cruz donde nuestro siglo está crucificando a la Iglesia de Cristo se alarga por la amplia geografía de tantas tierras.

Hasta los católicos argentinos llegan hoy las nuevas fórmulas de persecución, aunque sabemos bien que sobre ellas pesa la fracasada experiencia de muchos siglos de tenaz ensayo.

Con ellos estamos tan íntimamente unidos, tan dolorosamente compenetrados como con el hermano más querido, más afín a nosotros.

"Nos someteremos a la decisión popular"...; fórmula demasiado vieja, detrás de la cual siempre hay alguien que se lava las manos, detrás de la cual se esconden cobardías y se difunden responsabilidades, detrás de la cual se perfila la cruz sobre la que ha de morir el justo.

"Nos someteremos a la decisión popular"...; pero la decisión popular ya ha dicho su primera palabra, ya la ha rubricado con unos cuantos incendios, y con esos cadáveres que quedan como trágico testimonio de que por allí ha pasado esa llamada decisión popular.

Pero no olvidemos que en todo acontecimiento humano es Dios siempre el que dice su última palabra. El que en la cruz ha puesto la redención. El que a veces tiene necesidad de zarandear nuestros cómodos cristianismos para desprendernos de tanto lastre humano, como nuestra débil fe irá cargando. El que también tiene sus decisiones y hace fallar muchos cálculos humanos. El que puede hacer subsistir la Iglesia, cuando las iglesias desaparecen, y gritar a unas piedras calcinadas cuando la zona de silencio hace enmudecer las lenguas.

SENDA